

## La Formación Profesional: nuevos y viejos problemas

Agustín Blanco  
Fundación Encuentro

Los titulados de FP-II son los que menos tardan en encontrar el primer empleo. Muchas empresas de diversos ámbitos productivos tienen dificultades para hallar técnicos cualificados de FP, lo que en algunos casos limita su crecimiento y eleva notablemente los salarios de estos titulados. Los jóvenes que estudian o han estudiado Bachillerato creen que la FP proporciona mayores posibilidades de empleo y también mejores ingresos futuros. Casi 700.000 trabajadores con estudios universitarios, el 30% de los titulados, se hallan subempleados. Algo falla cuando, a pesar de los datos que acabamos de señalar, dos de cada tres alumnos optan por el Bachillerato y sólo uno por la FP. ¿Cómo hemos llegado a esta paradójica situación, que acarrea unos costes económicos, sociales y personales nada despreciables?

En la Fundación Encuentro hemos prestado especial atención al tema de la formación para el empleo, y en particular al sistema de Formación Profesional. En nuestro *Informe España 1998* le dedicamos un amplio capítulo; en él se analiza con abundante información estadística la evolución de la Formación Profesional reglada en las últimas décadas. En las siguientes páginas voy a resumir algunas de las aportaciones de dicho estudio, haciendo especial hincapié tanto en aquellos factores que nos ayudan a entender esa situación paradójica a la que acabo de hacer referencia como en los problemas actuales que dificultan su correcto funcionamiento y su necesaria recuperación como una verdadera alternativa a los estudios del Bachillerato y la universidad.

La dignificación de la FP es de una importancia educativa, laboral y social máxima. Para esto, además de dedicar los recursos humanos y económicos necesarios, se ha de producir otra transformación previa: de los alumnos, de los padres, de los trabajadores, de los empresarios y de la sociedad en su conjunto.

## FP: la historia de un fracaso

La evolución de la Formación Profesional reglada en nuestro país en las últimas décadas sólo puede calificarse como la historia de un fracaso. El origen del desprestigio y la estigmatización social de la FP hay que situarlo en la aplicación de la Ley General de Educación de 1970 (LGE). En el artículo 20 de dicha ley se establecía que los alumnos que hubieran aprobado la EGB obtendrían el título de Graduado Escolar y

dos. En el curso 1995/96, el 34,7% de los alumnos que ingresaron en FP-I lo hicieron con el Certificado de Escolaridad. De este modo, lo que se pretendía que constituyese una alternativa a unos estudios generalistas enfocados a la universidad se convirtió en una extensión de la escolarización obligatoria de miles de adolescentes que habían fracasado en la EGB, la única opción de esos jóvenes de continuar dentro del sistema educativo.

Ese mismo origen de fracaso en la EGB de bastantes de los alumnos que accedían a la FP-I iba a prefigurar su fracaso también en esta última. El alto número de alumnos que no habían aprobado la EGB en cada aula condicionaba notablemente las posibilidades de avance en la enseñanza. Sobre todo cuando buena parte del currículo lo ocupaban asignaturas de contenido general -una especie de currículo de BUP en miniatura-, necesarias para configurar una base formativa mínima cada vez más importante en el puesto de trabajo, pero en las que

no era que a la FP-I accedieran alumnos en primera opción -aquellos que deseaban una formación más inmediata a la realidad profesional y del empleo- y alumnos en segunda opción -aquellos que no podían obtener un adecuado aprovechamiento del BUP y aquellos que no habían alcanzado las metas de la EGB-, sino que un buen número de estos últimos eran adolescentes que no deseaban seguir estudiando y a los que se les obligaba a seguir haciéndolo. Apenas había alternativas formativas no regladas para ellos. La esperanza de que a través de la FP pudieran aprovechar algunos de los recursos formativos que se les ofrecían en la enseñanza reglada resultaba vana en la mayor parte de los casos.

Todos estos factores contribuyeron a que la FP-I no cumpliera los objetivos que se le habían asignado: no preparaba realmente para el ejercicio de una profesión y acabó convirtiéndose en una enseñanza paralela al Bachillerato de nivel inferior, no en un sistema de salida o transición hacia el mercado de trabajo. Es lógico, por tanto, el desengaño que se produjo entre los muchos alumnos de FP-I que venían huyendo del academicismo de la EGB.

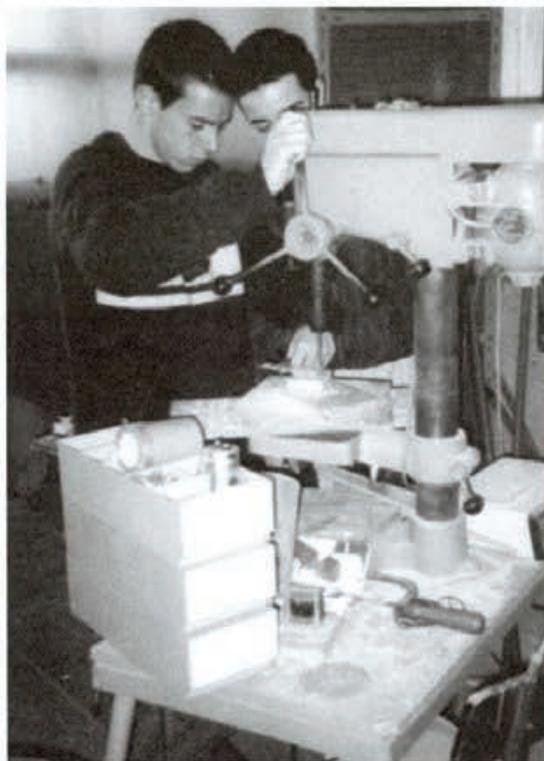
## Una formación "de segunda"

La FP-I ha marcado la imagen peyorativa de todo el ciclo educativo. Como señala Pedro Rosés, director del Centro Virgen de la Paloma de Madrid, "los profesores que impartimos clases en este nivel no desconocíamos, ni mucho menos, esta situación, ni éramos insensibles al alto grado de frustra-

podrían escoger entre Bachillerato o Formación Profesional: los que no la hubieran superado recibirían el Certificado de Escolaridad, que acreditaba simplemente su paso por la EGB, y debían cursar FP. Es decir, a la FP iban primero los alumnos menos dotados o con menos formación y, segundo, como era obligatorio, aquellos alumnos que estaban desmotiva-

ya habían tropezado en la EGB o de cuyo contenido academicista huía buena parte del resto de los alumnos. Las cifras son bien elocuentes: en el curso 1993/94 estaban matriculados 181.029 alumnos en 2º de FP-I; de ellos, 83.316 (46%) no obtuvieron el título de Técnico Auxiliar, que acredita haber aprobado la FP-I.

Lo más importante, con todo,



Archivo

ción que se provocaba en una población juvenil interesada por una vía profesional que, en realidad, no les preparaba para nada, como se reflejaba en la baja o nula consideración que el mundo empresarial tenía de estos «técnicos», poco más que simples aprendices. Entre los padres también caló hondo el convencimiento de que la FP era una formación "de segunda", para los que no valían para el BUP. De ahí que muchos desanimaran a hijos capacitados y motivados hacia la FP y aceptaran ésta como salida única o última oportunidad para los que no habían superado la EGB.

Tras el intenso proceso de selección que se producía en la FP-I, el alumnado de la FP-II presentaba mayor homogeneidad en cuanto a capacidad y motivación. Los resultados eran mucho más satisfactorios que en la FP-I y esto tenía su reflejo en la general buena aceptación que los empresarios concedían a los titulados en FP-II. Dos problemas, sin embargo, aquejaban a la FP-II y cada vez en mayor medida: la rápida obsolescencia de las titulaciones -con la consecuente incapacidad para responder a las demandas de las empresas- y la falta de prácticas en los centros de trabajo.

### La no-relación con el mercado de trabajo

Respecto a la primera cuestión, la experiencia a lo largo de más de dos décadas muestra que la configuración de las especialidades de la FP ha adolecido de una falta de prospectiva adecuada sobre el empleo y de una planificación educativa con una base mínima. La rigidez del sistema resultaba cada vez más evidente e inasumible a medida que



Educational Leadership

la revolución tecnológica y el propio desarrollo económico y social hacían que aparecieran nuevas ocupaciones, desaparecieran algunas y se modificaran de manera sustancial otras muchas. Hay que reconocer, no obstante, que el sistema educativo -los centros de FP en este caso- difícilmente puede adaptarse con la rapidez y flexibilidad necesarias a estos cambios, más aún cuando, para responder a la demanda educativa, se privilegió al Bachillerato en detrimento de la FP, tanto en la dotación presupuestaria de los centros como en la formación de los docentes.

Por otra parte, el peso de las especialidades apenas guardaba relación con el de las actividades económicas correspondientes en el mercado de trabajo. En muchos casos existía una preocupante inadecuación a la realidad productiva de las zonas concretas donde estaban asentados los centros de FP. En general, todo parece indicar que la oferta de especialidades ha evolucionado en función de la demanda de los estudiantes, movidos en gran parte por modas e impresiones infundadas, a falta de un sistema adecuado de información sobre el

mercado de trabajo y de orientación escolar y profesional.

El distanciamiento o la desconexión de la formación que los alumnos recibían en los institutos politécnicos (antiguos centros de FP) en relación con el verdadero puesto de trabajo que deberían desempeñar en la empresa se acrecentaba aún más por el escaso o nulo contacto con las empresas durante el tiempo de formación. El programa de formación en alternancia para alumnos de FP-II trataba de dar respuesta a esta exigencia, pero se planteó bastante después de la entrada en vigor de la LGE. La escasez de puestos de formación en alternancia ofertados por las empresas fue determinante en la escasa incidencia de dicho programa.

### La LOGSE

Para intentar dar solución a los problemas de la FP que acabamos de analizar y los del sistema educativo en su conjunto comenzó en 1985, apenas 15 años después de aprobada la LGE, un proceso de revisión que culminaría en la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE). No voy a describir aquí el diseño de la Nueva Formación

Profesional en la LOGSE, aunque hay que destacar como hechos relevantes que la entrada en la Formación Profesional Específica se produce a los 16 años, tras finalizar la Enseñanza Secundaria Obligatoria, y que se abre la vía de los Programas de Garantía Social a aquellos jóvenes entre 16 y 21 años que carecen de titulación académica o profesional, que no han superado los objetivos de la ESO o que están a punto de abandonar el ámbito escolar. Me voy a detener en algunos aspectos que han suscitado y suscitan el debate y la polémica y en otros de cuyo adecuado cumplimiento depende en gran medida el éxito de esta Nueva Formación Profesional y la recuperación del prestigio educativo y social perdidos.

### Nuevos problemas

**La imposibilidad de acceder directamente desde los Ciclos de Grado Medio a los de Grado Superior** es un tema que está pro-

vocando una gran controversia en el ámbito educativo y en la sociedad. A los padres les cuesta entender que si su hijo ha cursado un Ciclo Formativo de Grado Medio no pueda pasar directamente a un Ciclo de Grado Superior, sino que tenga que cursar previamente los dos años del Bachillerato. ¿Qué sentido tiene ese rodeo?

La LOGSE intenta dignificar la FP y para ello considera imprescindible romper el esquema dual o de enseñanzas paralelas que hemos analizado. Si el alumno pasa del Ciclo de Grado Medio al de Grado Superior sin más se reproduciría el mismo esquema que existía en el sistema anterior. Como se pretendía que los Ciclos de Grado Superior tuviesen una cualificación suficiente para asumir responsabilidades en el puesto de trabajo, se optó por ese tránsito por el Bachillerato para que cuando el alumno accediese a los Ciclos de Grado Superior tuviese ese plus de cualificación. Si se

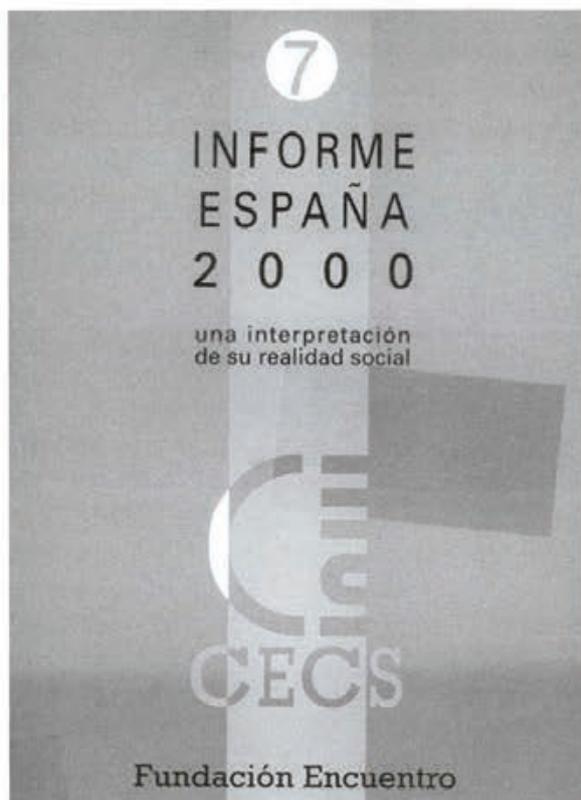
suprimiera el paso por el Bachillerato, existiría el riesgo de situar en la FP a aquellos alumnos que han fracasado en otro modelo, que sería el que les llevaba a la universidad. Así, se reproduciría el viejo sistema, salvo que antes sucedía a los 14 años y ahora sería a los 16.

Este planteamiento, perfectamente correcto y hasta lógico, choca con la re-

alidad de los comportamientos sociales. El chico o la chica que estudie Formación Profesional de Grado Medio y los dos años de Bachillerato intentará acceder a una ingeniería técnica o superior o a otro tipo de carreras. Además, muy pocos alumnos que terminen un Ciclo de Grado Medio cursarán Bachillerato. Los alumnos que escogieron un Ciclo de Grado Medio, evidentemente, lo hicieron porque no querían hacer el Bachillerato. Difícilmente, después de otros dos años sin tener asignaturas instrumentales, van a ser capaces de retornar a ese Bachillerato.

Por otro lado, el sistema educativo plantea los Ciclos de Formación Profesional con carácter terminal, ya que, teóricamente, deben conducir directamente al empleo. Sin embargo, en la práctica, la FP no siempre facilita que el joven encuentre empleo. Si no consigue un trabajo después de estudiar Formación Profesional de Grado Medio, ¿qué hace? El acceso a la Formación Profesional de Grado Superior previo paso por el Bachillerato no parece una salida viable para estos jóvenes, que se ven abocados al paro.

De todo lo dicho se desprende que una de las cuestiones fundamentales en el nuevo modelo de la FP es la flexibilización y la permeabilización. Dados los problemas que se van planteando ya en la aplicación de la denominada nueva FP, parece necesario llegar a un acuerdo con respecto a una pasarela o un curso puente entre el Grado Medio y el Superior, en el que los alumnos podrían tener una serie de asignaturas que les formarían y les permitieran acceder a la Formación Profesional de Grado Superior.



Es muy probable que no se pueda dar el paso directo entre los Ciclos Formativos de Grado Medio y los de Grado Superior, porque se refieren a niveles de cualificación diferente y porque en muchos casos ni siquiera existe un correlato entre las profesiones correspondientes a ambos niveles. Pero se podrían estudiar otros sistemas en los que no fuera necesario cursar el Bachillerato, como, por ejemplo, un curso compacto. Hay que ofrecer una formación complementaria que garantice que el alumno adquiera la madurez necesaria en los conocimientos del Bachillerato. Se podría ofertar un curso puente con unas asignaturas que podemos denominar instrumentales y con una gran connotación técnico-práctica.

Una de las quejas más frecuentes en relación con la Formación Profesional Reglada era **la escasa adecuación de su oferta de títulos a la cambiante realidad de la mayoría de las profesiones tradicionales y a la aparición de otras nuevas**. En la nueva Formación Profesional se ha intentado dar respuesta a este problema ampliando de manera considerable la oferta de títulos y estableciendo un procedimiento de elaboración y reforma del catálogo de títulos que parte de las necesidades y demandas profesionales concretas y en el que participan de manera directa trabajadores y empresarios.

Respecto a la distribución de los alumnos de los Ciclos de Grado Medio y Grado Superior por familias profesionales, los datos muestran una situación muy similar a la de la Formación Profesional anterior (Administración, Electricidad y electrónica, Mantenimiento de vehículos autopropulsados y Sani-



Educational Leadership

taria siguen copando casi dos tercios del alumnado). Todo parece indicar que no se ha aprovechado la reforma para adecuar más la oferta formativa a la realidad del mercado de trabajo español y que el criterio dominante sigue siendo la demanda de los alumnos, que se mueve más por imágenes sociales que por una estricta racionalidad laboral.

Todos los Ciclos Formativos tienen un módulo que se denomina Formación en Centros de Trabajo (FCT) que es obligatorio para la obtención del título profesional, se desarrolla en la empresa y tiene una duración variable entre las 200 y las 740 horas. El gran problema de la FCT es la búsqueda de empresas que quieran colaborar con el centro educativo. Con demasiada frecuencia depende de las relaciones del profesorado con empresarios amigos o antiguos alumnos o de aprovechar las ocasiones en que las empresas se dirigen a los centros en busca de trabajadores.

De este modo, se comprueba que no está asegurado uno de los pilares del sistema. Como ya seña-

lamos, una de las mayores deficiencias del modelo de FP de la LGE fue la falta casi total de prácticas en las empresas. Hay que intentar por todos los medios que la FCT sea un éxito. De ello depende en gran medida la revalorización de la Formación Profesional Reglada y su consolidación como alternativa real a la formación generalista del Bachiller y a la formación universitaria.

La dignificación de la Formación Profesional Reglada es de una importancia educativa, laboral y social máxima. El cambio en la imagen social que tiene acabará por beneficiar a todo el contexto educativo y laboral del país. Pero para que sea posible ese cambio, además de dedicar los recursos humanos y económicos necesarios, se ha de producir otra transformación previa: la de la mentalidad formativa de los alumnos, de los padres, de los trabajadores, de los empresarios y de la sociedad en su conjunto, que debe empezar por romper con la falacia de que más formación es igual a mejor formación. ■